



Última Década

ISSN: 0717-4691

cidpa@cidpa.cl

Centro de Estudios Sociales

Chile

Rozas, Cristián Fernando
Consumo, identidad social y violencia
Última Década, núm. 13, septiembre, 2000
Centro de Estudios Sociales
Valparaíso, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=19501307>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

CONSUMO, IDENTIDAD SOCIAL Y VIOLENCIA *

CRISTIÁN FERNANDO ROZAS**

EL TÉRMINO PANDILLA (GANS en inglés) últimamente utilizado por los medios de comunicación y la opinión pública, tiene su origen en los años 20 en Estados Unidos. Los flujos de emigrantes de todos los puntos de Europa y otras zonas del planeta pueblan las distintas ciudades de Estados Unidos, en especial Chicago. Aquí coexisten barrios de diversas etnias, subordinados al ideal de un Estados Unidos de las oportunidades para todos a partir del esfuerzo individual. Lo que vendrá aparejado con síntomas de una crisis del proceso de producción.

La falta de absorción de las nuevas generaciones de población activa, junto a la hecatombe económica del siglo: la caída de Wall Strees, se unen jóvenes que protagonizan hechos violentos contra la propiedad como robos, asaltos y peleas con otros jóvenes de diferente signo racial en pos del dominio del territorio.

El delito es una tipificación hacia las conductas que transgrede las reglas mínimas de convivencia social. No obstante, si el concepto pandilla está asociada a delincuencia, es un tipo de delincuencia que cuestiona el sentido mismo de la delincuencia. Es sabido que la delincuencia clásica y la empresa especulativa son dos polos de una misma tipología sociológica de comportamiento, el «racional formal». Ambos comportamientos basan sus acciones en reflexiones previas al ejercicio del acto, sopesando «racionalmente» los posibles «costos» y las posibles «ganancias» de una acción. La pregunta a responder, es si los adolescentes pueden ser calificados de delincuentes bajo estos preceptos, si consideramos el carácter «irracional» de los hechos violentos por ellos protagonizados, ya que significa grandes costos (se involucran varios sujetos) y bajas ganancias (son rápidamente apresados). La respuesta al respecto sería, desde el punto de vista legal, que sí quebrantan la ley, pero que las motivaciones y la lógica de su actuar está lejos de lo que es un delincuente.

En los años ochenta la delincuencia se entendió a partir de hechos contra la propiedad privada y pública de modo concertado (robos, protestas). En los noventa la delincuencia se ha caracterizado por los altos niveles de espectacularidad y violencia de los hechos protagonizados. Además de la emergencia —creciente— de una nueva categoría de violencia, la violencia «vandálica», la cual no tiene un objetivo aparente para quien los observa.¹

Si bien los hechos vandálicos no son exclusivos de la década de los noventa, lo que está sucediendo es un desplazamiento del tipo de violencia preponderante en la escena pública. Si en los años ochenta hacia atrás se observan hechos de violencia caracterizados por el uso de fuerza física y el uso de elementos contundentes (piedras, palos, etc.), hoy en día los hechos de violencia se caracterizan por el uso de armas de fuego.²

La violencia social urbana es propia de las generaciones urbanas no migrantes. Éstas se caracterizan por vivir desarraigados de las fuentes tradicionales de autoridad (familiar, patrimonial, estatal) y por poseer un sentimiento de incertidumbre respecto al futuro, una realidad pasajera o fútil de las relaciones entre las personas. Vivir expuestos a los cambios constantes y vertiginosos de la moda y la presencia de un sentimiento de hastío o aburrimiento respecto al presente, fenómeno conocido como metropolitización. No obstante, es paradójico que quienes

* Este documento es parte de un estudio mayor realizado en enero-mayo de 1999 llamado «Identidad y Pandilla: el caso de barreros y raperos en dos poblaciones de Conchalí. Un estudio etnográfico». ONG Gestión Organizacional, Ilustre Municipalidad de Conchalí.

** Sociólogo, Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

1 Javier Martínez: «Violencia social y política en Santiago de Chile 1947-1989». En Eugenio Tironi, Javier Martínez y Eugenia Weinstein: *Personas y escenarios en la violencia colectiva*. Ediciones SUR, Santiago, 1990.

2 Ibidem: op. cit.

protagonizan estos hechos, son categorías que no pertenecen al ámbito de la producción y por tanto no están sujetos, directamente, de los cambios que ocurren en la economía, como sucedió con los jóvenes sin trabajo de la crisis de los años 80.

Para Matza,³ el acto desviado (violento o delictivo) es la traducción de ciertas creencias en actos. Los jóvenes tendrían un conjunto de creencias acerca de los motivos de su situación social desigual y, además un conjunto de orientaciones para superarlas. Pero esto no significa para él que estos valores sean opuestos a los valores de la sociedad general y menos aún que estos valores sean los valores de clase media. Para él, no existe oposición cultural entre las creencias que sustentan los jóvenes agrupados en pandillas y lo que sostienen el resto de las personas. Si fuera así, según el autor, no debiera existir, en aquellos que realizan actos delictivos, sentimientos de culpa o vergüenza como en realidad sucede, que es observable en el encubrimiento del rostro cuando son televisados, y tampoco debieran entenderse sus justificaciones como actos de hipocresía.

Las pandillas son una forma especial de subcultura que vive de manera subterránea con «varios valores supuestamente delictivos, pero que son muy parecidos a los encarnados en las actividades de esparcimiento de la sociedad en general».⁴ En este sentido, la subcultura juvenil (la búsqueda de aventuras, la excitación, la emoción, la juerga, la agresividad) representa una extensión y una radicalización de las tradiciones de la cultura convencional. Los valores que motivan la acciones de los jóvenes pandilleros también están presentes en la sociedad general, sólo que estos últimos se practican de modo más restringido.

Esta analogía entre los valores que orientan las pandillas y el del resto de la sociedad, puede explicar los altos niveles de tolerancia —y no por temor— que expresa la comunidad a estos jóvenes durante el diario vivir. En este sentido lo desviado parece ser una forma de conformidad a los valores morales de la sociedad. Los valores subterráneos son aquellos valores que son practicados en lugares y momentos considerados inadecuados por la sociedad general. Los jóvenes se justifican a sí apelando a las mismas justificaciones para disculpar las conductas presentes en la sociedad oficial y que a menudo están implícitas en los valores sociales generales o en los alegatos oficiales utilizados en los tribunales de justicia. Los jóvenes utilizan un vocabulario, que si bien es diferente a los usos verbales de la sociedad «normal», apelan al sistema valorativo de quienes respetan la ley.

El mundo moderno de los adultos, las exigencias de movilidad social (y en la mayoría de casos por supervivencia), llevan a los padres a trabajar y poner mayor atención en los mensajes y objetos que circulan en el mercado de consumo suntuario, en vez de tomar atención a sus relaciones parentales o comunitarias. Las exigencias por parte del mercado de trabajo llevan a las familias a concentrar sus energías en el proceso productivo (trabajo) en vez que a sus hijos, con clara secuelas en la transmisión de pautas morales a sus proles.⁵ Esto lleva a sus hijos a vivir una realidad de vacío y anonimato.

También ayuda al debilitamiento de la autoridad intrafamiliar el papel del sistema escolar como la única encargada de transmitir habilidades. Los padres son obligados a entregar la educación de sus hijos a las instituciones escolares desatendiéndose de ellos. Y éstas se enmarcan en formación para la competencia dentro el mercado, confundiendo aprendizajes con disciplinamiento social, acentuando la brecha entre la cultura escolar y la cultura población, en específico la cultura de la «calle» de la cual se nutren estos adolescentes.

En este panorama los niños y adolescentes deben generar sus propios espacios de socialización, donde lo importante son los amigos y los códigos comunes y no la familia. Los niños construyen sus identidades en un medio que los pasa por alto, hasta que logran notoriedad pública: hasta que son alguien. Una sociedad que enfatiza el logro individual y la especialización del trabajo cada vez mayor, y donde la difusión y circulación de objetos y mensajes producidos por las «llamadas industrias culturales»,⁶ son utilizadas como medio de

3 David Matza: *El proceso de desviación*. Ediciones Taurus, Madrid, 1981.

4 Ibidem: op. cit., p. 194.

5 Para una profundización de este diagnóstico véase en Jürgen Habermas: *Teoría de la acción comunicativa II*. Ediciones Taurus, Madrid, 1988.

6 Las industrias culturales según Edgar Morín son el conjunto de «los dispositivos de intercambio cotidiano entre lo real y lo imaginario, dispositivos que proporcionan apoyos imaginarios a la vida práctica y puntos de apoyo práctico a la vida imaginaria. Es decir, los medios más que instancias de alineación son espacios

diferencia social y signos de reconocimiento social, esto lleva a que predominen más las relaciones con los objetos que las relaciones entre los hombres.

Las industrias culturales son dispositivos con que los adolescentes nutren su vida cotidiana y desarrollan marcos comunes de identidad. Los jóvenes para realizar sus cometidos se sirven de los mismos objetos que producen las industrias culturales. Ellos, en su afán de diferenciarse, buscan en lo que no es propio, en especial en lo proveniente de la industria de la cultura y la entretención, un medio para comunicarse —públicamente— entre sí. La gran facilidad con que estos jóvenes toman de los medios de comunicación los marcos de referencia y elementos para diferenciarse de otros grupos, en la construcción de su estilo particular, plantea el carácter ambiguo de su identidad, no obstante señala el carácter dinámico de ella, ya que al servirse de lo que existe en el mercado permite, a éstos, redefinir constantemente su identidad.

Es decir, el consumo de objetos culturales y de entretención puede ser entendido, como un espacio «a través de los cuales se engendran significaciones que los grupos [...] viven su experiencia histórica».⁷ Hablar entonces de las responsabilidades directas de los «medios» en el desenvolvimiento de ciertas prácticas juveniles es un sesgo, ya que lo que producen —los jóvenes—, discursivamente y en la acción, se contraponen a la lógica económica de las empresas de la cultura y la entretención. Las peleas, los destrozos en vía pública, no pertenecen a la lógica de la economía del lucro, sino que a una economía del goce que pone entre paréntesis las convenciones y obligaciones sociales (la estructura social). En este umbral los adolescentes desarrollan habilidades que el mundo de la rutina y los adultos no entrega. La economía del goce es visible en el fuerte componente físico de sus relaciones internas. El baile en el caso de los raperos, los cánticos y los saltos en las galerías durante los partidos de fútbol, en el caso de los barristas y, principalmente el uso de la violencia ostentatoria en sus relaciones con los grupos considerados como distintos.

En este sentido, es limitado hablar que las nuevas formas de asociación juvenil, como son las pandillas y sus prácticas violentas, son simples «efectos» producidos por las industrias culturales (televisión, empresas deportivas, industrias de la moda, etc.), al contrario, existe una suerte de alianza entre la «época de los medios» y las conductas de los adolescentes: los jóvenes utilizan el derroche de la apariencia distintiva,⁸ sirviéndose de elementos y mensajes provenientes de los medios. Los jóvenes radicalizan, al igual como lo plantea Matza respecto el papel del vocabulario, los usos oficiales de ciertos objetos y mensajes como lo son la entretención futbolística y la música, para aplicarlo en momentos y lugares no aceptados. Asimismo, integran dichos objetos y mensajes en una forma particular de «objetos rituales»⁹ al interior de su comunidad de pares, como es la vestimenta y la existencia particular de ciertos gustos musicales, como medios para construir y renovar sus identidades. Los jóvenes contextualizan a su realidad objetos externos, re-significándolos.

El principio que guía a estos jóvenes es el individualismo vigente. Éste alienta a los individuos que se consideren a sí mismos objeto de su propia satisfacción, con una clara indiferencia hacia las relaciones sociales con el otro ajeno: los adultos, jóvenes de otro signo, etc. No obstante, en el contexto que ponen en marcha estos principios no son el espacio privado; al contrario, se ponen en escenas en los últimos espacios públicos que van quedando; el del espectáculo futbolístico, y la entretención discotequera y la calle poblacional.

Las peleas y revanchas violentas, por parte de ciertos grupos, sin la solicitud de intermediación de la justicia, son parte de este juego de socialización, es decir, son parte de una forma específica de poner en práctica los valores de identidad, como son la autoestima, el

de identificación». Véase en Jesús Martín-Barbero: *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. Editorial Gustavo Gili S.A., Barcelona, 1987.

7 Jesús Martín-Barbero: *Procesos de comunicación y matrices de cultura: itinerario para salir de la razón dualista*. Ediciones Gili S. A., México, S/F, p. 37.

8 Ibidem.

9 Los individuos pueden tener cierta actitud frente a ciertos objetos que valoran, lo que los lleva a tener un cierto comportamiento hacia ellos y un cierto tipo de relaciones hacia quienes también se relacionan con éstos. Aquí podemos tener las armas de fuego, la vestimenta, los lienzos y bombos, etc., como parte de una lógica de pertenencia que distribuye a los jóvenes en diferentes posiciones al interior de sus grupos. Para una mayor descripción véase en A. R. Radcliffe-Brown: *Estructura y función en la sociedad primitiva*. Ediciones Planeta, Madrid, 1986.

exitismo, el consumo ostentoso y la diferenciación (des)carada frente a los otros. Sus objetivos son lograr mantener sus rasgos de identidad social en un panorama social de anonimato. En este sentido, la tendencia a formar subculturas juveniles por los adolescentes, se puede entender como una fórmula para hacer frente a la anomia que existe en la sociedad, que significa el individualismo y anonimato generalizado de las relaciones sociales. Asimismo, un lugar de desarrollo de habilidades sociales que el mundo de la educación y el trabajo no les ofrece.

Así, el sentido último de las pandillas sería entregar a los jóvenes un conjunto de métodos y códigos de expresión (afectividad y apoyo sentimental) entre quienes se consideran iguales, para lograr la proyección de sus identidades individuales. Es decir, estas tribus se caracterizarían por el sustento de ciertos valores marcadamente opuesto —y a la vez análogos— a la sociedad adulta, en un intento de diferenciarse de los demás, en una sociedad donde lo «presentable» es fundamental a la hora de hablar de la competencia social de los individuos. A la vez debe entenderse como un modo, según Matza, de recrear en el ocio el interés que han perdido en la escuela, como en los trabajos no calificados a los que están condenados a vivir.

Respecto la violencia, gran parte del pensamiento social y en especial del pensamiento psicológico relaciona pobreza con frustración y a éste con el comportamiento agresivo para explicarla. Se cree que un sentimiento de debilidad, como de estar acosado, bloqueado o estar perseguido, producto de la pobreza es fuente de agresividad. La violencia sería la única vía para que este sentimiento sentido como insoportable logre liberarse, y así, resolver una situación considerada como insatisfactoria y alcanzar una sensación de poder. La principal crítica a esta perspectiva, es que limita el entendimiento del fenómeno de la violencia, ya que no existe una relación directa entre frustración y violencia (todos los frustrados no son violentos, ni mucho menos todos los pobres son frustrados). Además, olvida que existen factores culturales que refuerzan la conducta para que suceda un hecho violento. Es sabido que la violencia tenderá a emerger cuando un marco cultural o grupal sanciona positivamente a ésta, como respuesta normal y satisfactoria de las relaciones interpersonales e intergrupales.¹⁰ Desde este punto de vista, se ha pensado que la agresividad es producto de un aprendizaje social. Se aprende a valorar la violencia como medio para solucionar los conflictos. Por ello tal vez, los jóvenes consideren «justificable» su uso.

Desde un punto de vista antropológico,¹¹ la violencia siempre ha estado presente en la sociedad y, tal vez sea el «rasgo» característico de la humanidad respecto a otras especies. No obstante, la violencia humana no es instintiva, sino que está regulada por un código de honor. Código de honor que emerge con mayor frecuencia en sociedades en que los agentes sociales están subordinados a un orden colectivo, y donde las relaciones de los hombres entre sí tienen mayor importancia que las relaciones entre los hombres y las cosas. Entonces, la violencia es una lógica social, un modo de socialización consustancial al código de honor. La violencia es un medio para adquirir gloria y fama al interior de un colectivo. En su versión de venganza, es un medio para reparar el deshonor, un medio para restablecer el equilibrio perdido en la relación con los otros grupos.

Lo que es paradójal de la violencia en la actualidad, es que se dé en sociedades donde los vínculos parentales o el papel de la comunidad sobre el individuo están en franco declive y el individualismo sea el «valor» socializante de los individuos. En un mundo absorto de preocupaciones individuales la violencia cobra una nueva realidad, desligado del honor, como defensa de los signos de individualidad.¹²

No obstante, en la actualidad, se puede entender la violencia de los jóvenes como la coexistencia de estas dos lógicas. Como resabios de esa otra lógica no individualista, basada en el honor al interior de una comunidad y como expresión de una radicalización de los principios individualistas presentes en la sociedad, es decir, la violencia juvenil mostraría una forma intensa de vivir, de placer hedonista unido a un sentimiento de gloria honorífica concedida por los pares. Entonces, la violencia juvenil como fusión de ambas lógicas, puede ser entendida

10 Tironi y otros: op. cit.

11 G. Lipovsky: «Violencia salvajes, violencia modernas». En: *La era del vacío. Ensayos sobre individualismo contemporáneo*. Ediciones Anagrama, Madrid, 1998.

12 Ibidem.

como un medio para romper el anonimato y expresar una necesidad de contacto y de encuentro con los otros y los suyos, en una perspectiva de lo inmediato (sensación de calor, pasión, etc.) de los encuentros sociales.

La violencia es un pilar fundamental para diferenciarse de los demás y regular los intercambios entre los diversos grupos que constituyen esta nueva fauna de la ciudad, como es el caso de los raperos. La violencia pública, protagonizada por los barristas después de un partido de fútbol, puede entenderse como un sacrificio ritual de los objetos, en una sociedad que celebra hasta la saciedad un culto hacia ellos. Bajo este prisma, la violencia juvenil, lo escasamente programada de sus acciones, el desconocimiento de las consecuencias de los actos y, la aparente desproporción entre el «riesgo» y los «beneficios» de sus actos violentos, parecen confirmar que esta violencia es de otra naturaleza que la violencia delictual propiamente tal y la violencia estatal.

Los llamados actos de violencia al interior y en inmediaciones del estadio, es una manera de mostrar la incondicionalidad al club adherido. Incondicionalidad que va más allá de los jugadores, a saber, el desarrollado de un sentido trascendente de sí mismos como miembros de una entidad. Su adhesión, su transpiración, su aliento de apoyo es más importante que los jugadores y la maquinaria institucional de los clubes. Una manera de permanecer (in)-mutable dentro una panorámica de transformaciones sociales intensas.

El caso de los raperos nacidos gracias a la difusión masiva de música negra-norteamericana y el auge de las discotecas (industria de entretenimiento) que no dudan en explotar el sentido festivo que estos jóvenes toman de la vida. Se pueden pensar, que estos grupos son la antesala del delito, pero se olvida que éstos se relacionan más a una cierta independencia de los individuos al grupo, propio de la actual dinámica de la sociedad, que por una influencia coactiva del grupo sobre ellos. Y la violencia por ellos protagonizada está asociada al honor que significa para el grupo cada uno de sus miembros. Por lo tanto, quienes pongan en cuestión de algunos de ellos ponen en cuestión la honra del colectivo.

Los jóvenes en gran parte de su diario vivir no están abocados a perpetración de algún delito, ni mucho menos están sujetos a la influencia mafiosa de unos sobre otros. Lo que existe, son grupos que intentan de proveer a los individuos de identidad y reciprocidad, extremando valores presentes en la sociedad mayor para hacer presentes y defender sus marcas individuales en una panorámica social de anonimato. En este sentido, el que éstos jóvenes ocupen la violencia como medio para solucionar los conflictos, nos lleva a preguntarnos por qué éstos no hacen distinción entre sus violencias y la de los otros (adulta, oficial-estatal).

SANTIAGO, JULIO DEL 2000

BIBLIOGRAFÍA

- BERMAN, MARSHALL (1989): *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. México: Siglo XXI Editores.
- COLOMBRES, ADOLFO (1991) (compilador): *La cultura popular*. México: Premia Editora.
- GUBER, ROSA y otros (S/F): *El salvaje metropolitano. A la vuelta de la antropología postmoderna. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Legasa.
- HABERMAS, JÜRGEN (1988): *Teoría de la acción comunicativa II*. Madrid: Ediciones Taurus.
- IZQUIERDO, CIRIACO (1980): *Delincuencia juvenil en la sociedad de consumo*. Bilbao: Ediciones Mensajero.
- LIPOVESKY, G. (1998): *La era del vacío. Ensayos sobre individualismo contemporáneo*. Madrid: Ediciones Anagrama.
- MARTÍN-BARBERO, JESÚS (S/F): *Procesos de comunicación y matrices de cultura: itinerario para salir de la razón dualista*. México: Ediciones Gili S. A.
- (1987): *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.
- MARTÍNEZ, JAVIER (1990): «Violencia social y política en Santiago de Chile 1947-1989». En

- EUGENIO TIRONI, JAVIER MARTÍNEZ y EUGENIA WEINSTEIN: *Personas y escenarios en la violencia colectiva*. Santiago: Ediciones SUR.
- MATZA, DAVID (1981): *El proceso de desviación*. Madrid: Ediciones Taurus.
- RADCLIFFE-BROWN, A. R. (1986): *Estructura y función en la sociedad primitiva*. Madrid: Ediciones Planeta.
- ROCKWELL, E. (1996): *Reflexiones sobre el proceso etnográfico (1982-1985)*. Buenos Aires: Secretaría de Publicaciones del Centro de Estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA.
- TAYLOR y otros (1977): *La nueva criminología, contribución a una teoría social de la conducta desviada*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- TIRONI, EUGENIO; JAVIER MARTÍNEZ y EUGENIA WEINSTEIN (1990): *Personas y escenarios en la violencia colectiva*. Santiago: Ediciones SUR.
- VARIOS AUTORES (1997): *Tribus urbanas. Entre el culto a la imagen y la autoafirmación a través de la violencia*. Madrid: Ediciones Paidós.